

# ¿Filosofía social o sociología filosófica?

## Introducción

JORGE E. BRENNA BECERRIL

Hoy más que nunca la reflexión sociológica es un imperativo en el contexto de un crecimiento estratosférico de los problemas humanos y de una visión más compleja/complicada de la realidad y de la vida social. Las ciencias en general tienen hoy itinerarios de desarrollo más acelerados y arborescentes que en el pasado, y ello afecta, sin dudar, a las ciencias sociales de las que la sociología ha sido, desde siempre, una hija de la especulación y de la ambición universalista de las ciencias duras. Así, el desarrollo de la sociología ha mantenido una tensión permanente entre su vocación filosófica (Simmel, Weber, Marx, Benjamin, Adorno, Horkheimer, Marcuse, Foucault, Habermas, Luhmann, Giddens, Bourdieu, Berman, Maffesoli, Bauman, y un larguísimo etcétera)<sup>1</sup> y un *deber ser* objetivista/empirista (desde Durkheim, Parsons, Merton, etcétera) en el que la sociología ha creído realizar su necesaria legitimación científica en el imaginario del paradigma epistemológico de las ciencias.

A pesar de lo anterior, las relaciones seculares entre sociología-filosofía siempre han sido vistas en la comunidad científica como una relación impropia debido en gran parte a este trauma que se remonta a los tiempos del surgimiento de la sociología como disciplina científica: desde el siglo XIX, en sus inicios, la sociología se vio obligada a diferenciarse tajantemen-

---

1. Obligado es reconocer en este espacio las aportaciones de aquellas mujeres que rompiendo los cánones de una época nada fácil para el género femenino, demostraron la brillantez y el progresismo de su pensamiento social, mostrando la información más relevante de cada una de ellas: Harriet Martineau (1802-1876), Beatrice Potter Web (1858-1943), Marianne Weber (1860-1954), Hanna Arendt, Simone Weil y otro largo etcétera.

te de la filosofía para justificar sus pretensiones de existencia autónoma. Mientras tanto, los filósofos veían a la nueva ciencia como una amenaza, como una competidora potencial en la reflexión de los asuntos humanos y de la sociedad. Aparecía el fenómeno del “sociologismo” que, de manera audaz, ponía en cuestión el carácter eterno e inmutable de los objetos de estudio clásicos del pensamiento filosófico (el Bien y el Mal, la Verdad, la Belleza, el Ser, el Poder, entre otros...). Sin embargo, con el tiempo cada una de estas disciplinas consolidó su respectivo nicho disciplinario y así se respetaron las líneas demarcatorias de sus propios marcos conceptuales y epistemológicos, sin dejar por ello de violar eventualmente las fronteras que ambas fueron estableciendo con el tiempo y la práctica —abstracta de una, empirista de la otra— en un afán por crear muros disciplinarios ilusorios, como si la realidad pudiera ser fragmentada al contentillo de las disciplinas. En los hechos, la sociología y la filosofía conocieron, y conocen en la actualidad, momentos de confluencia tímida pero eficaz. De ello es muestra la sobrevivencia de eso que es conocido como la “filosofía social”, tradición con una larga historia y gran riqueza intelectual, y la “sociología filosófica”, disciplina mucho más reciente que la anterior, pero con un peso considerable en los debates contemporáneos.

¿En dónde se presentan actualmente estas coincidencias? Principalmente en la reflexión normativa, la ética de los valores y la responsabilidad (que ya Weber planteó), el sentido del humanismo y el posthumanismo en tiempos posmodernos, la epistemología del conocimiento social y la hechura de la realidad social en donde se plantean un sinnúmero de problemas ontológicos que ambas disciplinas comparten. Ya desde las críticas de Rousseau y Hegel a la sociedad de su tiempo, la filosofía social experimentó un avance notable. En el siglo XIX, con el nacimiento de la sociología, la reflexión filosófica comenzó a incorporar los avances teóricos y prácticos realizados en el campo de la investigación social.

En Alemania la reflexión filosófica y social tuvo a Marx como uno de sus pioneros, luego mediante Tönnies, Simmel, Weber. En Francia, Durkheim, y otros pensadores, comenzaron a sentar las bases científicas de la crítica sobre las condiciones sociales de la modernidad: interpretaciones sociológicas y filosóficas de los sucesos vinculados con el surgimiento y desarrollo del capitalismo, etcétera. De esta manera, la confluencia entre filosofía y sociología tuvo uno de sus momentos más intensos cuando, a finales de la primera mitad del siglo XX, se difunden los trabajos desarro-

llados en el Instituto de Investigación Social de Frankfurt. Las reflexiones iniciales de Horkheimer sobre “teoría crítica”, y luego las tesis desplegadas por él mismo y Adorno sobre el desarrollo del proceso de civilización que desembocó en la dominación totalitaria llevaron a la reflexión sociológica y filosófica a niveles de sofisticación científica importantes. Por cierto, durante casi tres décadas Habermas y Luhmann estuvieron “trenzados” en una disputa filosófica que los mantuvo enfrentados en torno a los problemas de la normatividad expresada en dos posiciones irreductibles: la ética del discurso y la ética autorreferencial.

Al respecto, nuestro colega Raymundo Mier (2008), en su ensayo “Filosofía y ciencias sociales: pensar desde la contemporaneidad” (Jiménez 2008), expresa de modo atinado la necesidad de una comprensión genealógica de los fundamentos que permiten la preservación del diálogo entre las ciencias sociales y la filosofía. Insistiendo en que las ciencias sociales tienen que ser capaces de elaborar sendas argumentaciones para responder y explicar críticamente a los procesos de naturaleza social e histórica; es decir, “asumir el imperativo ético de comprender los problemas contemporáneos” tomando en cuenta la historia, que trae consigo la transformación de conceptos y, por consecuencia, de los modos de comprender los procesos sociales.

## **Del malestar cultural global a la aproximación disciplinaria entre una sociología blanda y la reflexión social interdisciplinaria**

Decían Bourdieu, Chamboredon y Passeron, a comienzos de la década de 1970 en *El oficio de sociólogo*: “Quizás la maldición de las ciencias del hombre sea la de ocuparse de un objeto que habla” (en Makowski y Tarracena, 2002:7-10). Hasta entonces se reconoce la peculiaridad del objeto de estudio de la sociología, y dicha frase revelaría el sentido de una parte de los grandes debates que la sociología ha experimentado desde entonces. Interminables discusiones en torno a la objetividad y la subjetividad reflejados más tarde en debates dualistas del tipo determinismo/libertad, estructura/acción, sujeto/sistema, micro/macro, que finalmente seguían aludiendo –dicen Makowski y Tarracena– a la desgracia genética de las ciencias sociales: tratar con objetos de estudio que son sujetos (y que hablan). Al malestar cultural global hay que agregarle, hoy día, el malestar en

la sociología. Porque ante el desconcierto de las ciencias sociales frente a los rápidos y apabullantes procesos que ha desatado la globalización, la sociología no ha acertado a dar respuestas a la altura de los nuevos objetos de estudio. Los conflictos internos de la sociología han sido más exitosos que la propia sociología del conflicto que hace lo suyo en un mundo multipolarizado y violento, lleno de integrismos teóricos, religiosos, políticos, etcétera. A la crisis de la sociología habría que responder con una ampliación del espectro de su alcance teórico explicativo. A los límites del objeto de la sociología añadámosle los alcances de los enfoques de las disciplinas afines, como la filosofía, el psicoanálisis, la lingüística o la antropología, independientemente de debates ociosos en torno a la legitimidad epistemológica. A la mirada sociológica (que no a la observación) agreguémosle el estilo delirante del filosofar, la escucha psicoanalítica, la fuerza de la comprensión ontológica y ética de los procesos que marcan al individuo en su forma de enfrentarse al mundo de lo social, a su capacidad de socializar. La sociología siempre ha tenido que ver con el individuo, el cual se sabe un ser social, pero que se siente al mismo tiempo un ser singular depredado por una cultura material (objetiva —dice Simmel—) que lo amenaza con destruir esa singularidad.

Los diagnósticos de Simmel y, por ejemplo, la filosofía del inconsciente de Sigmund Freud, ambos versan en torno al malestar que propicia la cultura, hay que considerarlos como aportes vigentes que marcan la agenda de una reconversión de las disciplinas sociales y, en especial, de la sociología, aliando su mirada con la perspectiva filosófica, el oído psicoanalítico, la intuición simmeliana y el martillo nietzscheano, para dar cuenta de un sujeto social que enfrenta desgarramientos ontológicos, psíquicos, existenciales y éticos cotidianamente y que, muy a pesar de ello, en lo social, crea y recrea infinitas máscaras y personalidades, roles, en sus interacciones cotidianas. Ya Goffman nos mostró el camino de un análisis poco ortodoxo de las escenificaciones y los roles sociales con los que los individuos enmascaran civilizadamente su miedo a la proximidad del otro en la sociedad. Ahora bien, si como se ha postulado, toda relación social es eminentemente una relación de poder, entonces habría que indagar en el sujeto que habla sobre sí mismo y lo que lo trasciende, y que —a raíz de ello— se autoubica en relación con los entramados de poder que crea la sociedad y la reproduce. La sociología como ciencia (o arte para Simmel y Maffesoli) ha de tejer nuevas alianzas disciplinarias, valerse

libre y creativamente de nuevos paradigmas, nuevos métodos y técnicas para abordar más escenarios problemáticos en los que pueda intervenir y aportar soluciones o un marco comprensivo más sólido para que los sujetos (como individuos y seres colectivos) se hagan de un saber de sí mismos en el plano social. Ambos encaminados a dotar a los individuos de una autocomprensión (o autoconciencia) más allá de lo inconsciente, pero más acá de lo colectivo que amenaza con desaparecerlos. La sociología hoy más que nunca reclama un enfoque transdisciplinario, anclado en la idea de los sujetos sociales complejos, recorridos por deseos, pulsiones y procesos conscientes, inconscientes e imaginarios cuyos destinos individuales están marcadamente inscritos en tramas familiares, institucionales y sociales. Una complementariedad necesaria que hace tan vigente la fuerza del programa social como la potencia del deseo, de los fantasmas y de lo negado en los individuos (Makowski, 2002).

Es urgente, pues, volver a la reflexión filosófica para reconfigurar los horizontes de la práctica sociológica, redefinir su objeto de estudio, sus problemáticas, sus herramientas y alcances explicativos. Muchas de las colaboraciones que configuran este número de *Veredas. Revista del pensamiento sociológico* dedicado a la reflexión social desde la trinchera académica de nuestra universidad, estarían encaminados a continuar con esa impostergable relación tormentosa entre filosofía y sociología que ha producido los mejores vástagos de una relación, algunas veces tímida, otras desbordante que pareciera volver a tomar uno de sus segundos aires.

## Referencias

- Jiménez, Marco A. (2008). *Pensar las ciencias sociales*. México: UNAM/Casa Juan Pablos.
- Makowski, Sara y Elvia Tarracena (2002). *Perfiles Latinoamericanos*, núm. 21, año 10, diciembre, México: Flacso, pp. 7-10.
- Mier, Raymundo (2008). "Filosofía y ciencias sociales: pensar desde la contemporaneidad", en Jiménez, Marco A., *Pensar las ciencias sociales*. México: UNAM/Casa Juan Pablos.